

Padre y miseria psicológica de la masa. Goce y Shoá

Marta Gerez Ambertin*

RESUMEN

Se argumenta sobre las condiciones de postración de las subjetividades y las masas ante el líder (amo atroz) en tanto los humanos incorporan la ley que se inscribe en la subjetividad bajo la figura de la culpa y los restos desregulantes de la ley bajo la temible instancia del superyó; así, la legislada obligación torna en compulsión de repetición llevando la vida por los oblicuos caminos de la necesidad de castigo y del goce masoquista.

Palabras Clave: MISERIA DE LA MASA; CULPA; SACRIFICIO; SUPERYÓ

Pai e a miséria psicológica da massa. Gozo e Shoá

RESUMO

Discute-se as condições de prostração das subjetividades e das massas diante do líder (mestre atroz), enquanto os humanos incorporam a lei que se inscreve na subjetividade sob a figura da culpa e os restos desreguladores da lei sob a instância medrosa do superego; Assim, a obrigação legislada transforma-se numa compulsão à repetição, conduzindo a vida pelos caminhos oblíquos da necessidade de punição e do gozo masoquista.

Palavras-Chave: MISÉRIA DAS MASSAS; CULPA; SACRIFÍCIO; SUPEREGO

Père et misère psychologique des masses. Plaisir e Shoá

RÉSUMÉ

On discute des conditions de prosternation des subjectivités et des masses devant le leader (maître atroce) alors que les humains incorporent la loi qui est inscrite dans la subjectivité sous la figure de la culpabilité et les restes dérégulateurs de la loi sous l'instance effrayante du surmoi. Ainsi, l'obligation légale se transforme en une contrainte de répétition, menant la vie sur les chemins obliques du besoin de punition et de jouissance masochiste.

Mots-Clés: MISÈRE DES MASSES; CULPABILITÉ; SACRIFICE; SURMOI

Miseria de las masas y añoranza del padre

La desventurada historia de las masas, los variados holocaustos de los siglos XX y XXI y la espantosa devastación del planeta –hoy ya casi sin posibilidad de reparación– orquestada por diferentes grupos humanos, conduce a indagar el término acuñado por Freud en 1929 al final del Cap. V de *El Malestar en la cultura*: «la miseria psicológica de la masa». En *Psicología de las Masas* (1921) primero, y en *El Malestar en la cultura* (1929) después, argumentará sobre esta cuestión.

¿Por qué las masas son miserables? No sólo porque se postran ante un amo atroz, sino por la manera en que lo hacen, procurando siempre un sometimiento sin límites. Dice Freud: “la masa quiere siempre ser gobernada por un poder irrestricto, tiene un ansia extrema de autoridad: (...) sed de sometimiento” (Freud, 1921, p. 121). Volverá al punto en 1932 (*¿Por qué*

* Dra. en Psicología. Univ. Nac. de Tucumán. Máster en Teoría Psicoanalítica. Ctro. de Investigaciones y Estudios Psicoanalíticos de México. Posdoctorada en Psicología Clínica -Mención Psicoanálisis-. Pontificia Univ. Católica de San Pablo (Brasil).

la guerra?) dice allí: "La masa quiere ser siempre dominada por un Jefe (...) Es parte de la desigualdad innata y no eliminable entre los seres humanos que se separen en conductores y súbditos. Estos últimos constituyen la inmensa mayoría, necesitan de una autoridad que tome por ellos unas decisiones que las más de las veces acatarán incondicionalmente" (Freud, 1933, pp. 195/6).

¿Por qué esa sed de padecimiento?, ¿por qué la postración de las masas ante un amo atroz?, ¿por qué tan aciagas las acciones de la masa?, ¿consecuencias irremediables de su miseria psicológica?

Un pensador de la talla de Foucault, crítico del psicoanálisis, expresa: "Sucede que las masas, en el momento del fascismo, desean que algunos ejerzan el poder, algunos que, sin embargo, no se confunden con ellas, ya que el poder se ejercerá sobre ellas y a sus expensas, hasta su muerte, su sacrificio, su masacre, y *ellas, sin embargo, desean este poder, desean que este poder sea ejercido*" y concluye sin explicárselo: "Este juego del deseo, del poder y del interés es todavía poco conocido" (Foucault, 1979, p. 85. La cursiva es mía).

Cabe preguntar: ¿sólo en el momento del fascismo desean eso? ¿No es acaso generalizado ese anhelo respecto al cual siempre es preciso estar alertas y precavidos? Importante esto, hay que andar con cuidado con el ansia de sometimiento de las masas. Y también la de los sujetos.

A primera vista pareciera que nadie procuraría o aceptaría incondicionalmente ser dominado por la fuerza bruta y caprichosa. Suposición aceptable si ignoráramos que no sólo el deseo anida en el ser humano, pero también anida el goce –un más allá del principio del placer sin límites– el cual, es notable, Foucault no ha considerado.

Es importante, entonces, interrogar esa búsqueda *gocera* (término transmitido por N. Braunstein) que procura el castigo, e indagar por qué los humanos se someten a él más allá de toda lógica racional que parecería repudiarlo.

Los líderes-amos han advertido esa "precipitación hacia lo atroz" de las masas y la utilizan ampliamente; claro que sus teorizaciones sobre ello son, en el peor de los casos interesadas, y en el mejor, ridículas.

Estos líderes ejercen cierta fascinación sobre las masas y ello porque, mientras el lazo de autoridad responsabiliza, la sujeción al autoritarismo, en cambio, des-responsabiliza. Hay una gradiente relación entre inseguridad subjetiva y autoritarismo. A mayor inseguridad subjetiva –ya por razones internas (timidez, temor, inferioridad, angustia, culpabilidad, etc.), ya por razones externas (crisis socioeconómicas, pestes, amenaza bélica o guerra, catástrofes, etc.)– mayor tentación a ponerse en manos de alguien que se ofrece como salvador o conductor.

Muchos individuos se colocan en situación de dominación o sumisión frente a otros debido a una frágil subjetividad y tienden a coincidir sumisamente con los amos o conductores porque precisan la aprobación de estos como alivio a sus miedos, sus angustias, sus culpas, que les impiden sostener una posición de "responsabilidad" para con sus deseos y para con los deseos de sus semejantes.

La originalidad de las hipótesis freudianas no reside en esa comprobación del anhelo de sujeción a un líder sino en la relación que establecerá entre la compulsión de sometimiento de la masa con la añoranza del padre. Como afirma en *El Malestar en la Cultura*: "lo que había empezado en torno al padre, se consuma en torno a la masa" (Freud, 1929, p. 128).

Y así, en esa apuesta, la paradójica solución a los problemas de un grupo, una institución o una nación, pasa por depender de un líder considerado un 'iluminado', un ser 'especial', un 'salvador', porque ese conductor autoritario crea la falsa ilusión de seguridad vinculadas al padre real. "La idea del líder aparentemente ofrece la seguridad y también la severidad asociadas con el padre" (Edelman, 1991 p. 50).

A lo expuesto hasta aquí hay que agregar la "llave maestra" a la que todo líder autoritario ha recurrido y recurre: la construcción del "enemigo". Pues no se trata exclusivamente de

sojuzgar a los propios sino –y será lo más importante ya que permite disimular su autoritarismo– de señalarles dónde (supuestamente) radica el "mal" que debe ser extirpado. El más atroz de los líderes que ha conocido la humanidad lo dice: "si el judío no existiera habría que inventarlo. Necesitamos un enemigo visible y no tan sólo un enemigo invisible" (Rauschnig, pp. 202/3). A Hitler, como a cualquiera de su calaña, le era preciso definir los «enemigos» a los que atribuir la causalidad de todos los males; así, la «solución» para el Reich pasaría, simplemente, por «aniquilarlos». Pero, en el caso de Hitler, es de destacar su convencimiento pleno en las estupideces que decía. Dos ejemplos –muy conocidos– de ello: a) el uso de trenes, necesarios para abastecer el frente oriental donde se jugaba el resultado de la guerra, para seguir enviando judíos a los *Lager*; b) su último llamado, dictado instantes antes de su muerte, a los alemanes: "Ante todo, yo exijo de los jefes de la nación y de sus continuadores la observancia escrupulosa de las leyes raciales y luchar sin tregua contra el envenenador de todos los pueblos, el judaísmo internacional" (citado por Poliakov, p. 342).



¿El pasado? En modo alguno. Nuestro espantoso presente está plagado de líderes que atribuyen a los inmigrantes, a los políticos, a los sindicatos, a los terroristas, etc. la explicación de los males sociales. El crecimiento exponencial de partidos nazifascistas en la "iluminada" Europa se explica, principalmente, por el problema inmigratorio.

Sin embargo, y es preciso admitirlo, las consignas pueden ser obra del *príncipe*; pero el genocidio, la *Shoá* no puede emprenderse sin una verdadera adhesión colectiva. No desculpabilicemos a las masas que han aceptado y aceptan y han ejercido y ejercen el fascismo. La ultraderecha alemana ya tiene un 20% de votantes diciendo lo mismo que los hitlerianos, simplemente ha reemplazado a los judíos por musulmanes y subsaharianos, aunque probablemente los judíos vuelvan a ser los favoritos.

El líder utiliza los saberes conscientes e inconscientes que circulan por los corredores claros y oscuros de nuestra cultura, no inventa esos *saberes*, los aprovecha, los exagera. Hay un «ambiente» de saberes y de verdades oblicuas que propicia la construcción de un enemigo en lugar de otro. Los códigos fundamentales de una cultura –los que rigen su lengua, sus posibles formas de significación, su ética, la jerarquía de sus prácticas sociales– fijan de antemano para cada hombre los sistemas significativos con los cuales tendrá algo que ver y dentro de los que se reconocerá. Y lo primero que reconocemos es al *diferente*, al que posee ciertas características físicas o intelectuales que lo diferencian. Las desigualdades son esquematizadas y se les impone una descalificación moral que los chistes reflejan a la perfección.

Es en ese magma de *saberes* –que se constituyen como *doxa*– de donde se extraerán los componentes con los que los líderes «construirán» al enemigo. Una vez que a fuerza de propaganda y reiteraciones –que explotan los miedos y las inseguridades de las masas– se ha instalado en la nación al *enemigo*, de lo que se trata es de lanzarse contra él; combate que, obviamente, encabezará el líder.

La (necesaria) diferencia entre el que conduce y los subordinados la desliza Freud al referirse a la originaria representación del padre "(...) la representación de una personalidad muy poderosa y peligrosa, ante la cual sólo pudo adoptarse una actitud pasiva-masquista y resignar la propia voluntad, y pareció una osada empresa estar a solas con ella y «sostenerle la mirada»" (Freud, 1921, p. 121).

La miseria psicológica de la masa reside en la búsqueda de un padre-líder idealizado, en la procura de un amparo tras esa figura del líder enaltecido y severo que va a evitarles confrontarse a la responsabilidad de sus temores y su destino, pues, lamentablemente, es más fácil –aunque mucho más costoso– ponerse en manos de un amo-líder que tomar en manos el propio destino y hacerse cargo de esa apuesta.

Esa procura de autoridad y autoritarismo se relacionan, para Freud, con la culpa y el superyó. En *El Malestar en la Cultura* (1929) relacionará este temor a la autoridad y, a la vez, ese deseo de autoridad, con el sentimiento de culpa. Establece allí dos orígenes del sentimiento de culpa: uno es el miedo a la autoridad, el otro, el temor al superyó. Mientras el primero insta a la renuncia pulsional, el segundo insta al castigo “puesto que no se puede ocultar ante el superyó la persistencia de los deseos prohibidos. Nos hemos enterado además del modo en que se puede comprender la severidad del superyó; vale decir, el reclamo de la conciencia moral. Originariamente (...) la renuncia de lo pulsional es la consecuencia de la angustia frente a la autoridad externa, se renuncia a satisfacciones para no perder su amor”. (Freud, 1929, p. 123).

El sometimiento a la voluntad de un padre engrandecido y poderoso, de alguna manera, degrada el progreso de la espiritualidad en tanto sirve “a los secretos propósitos del castigo”, esto es, al goce masoquista. Goce que, muchas veces, conduce al sujeto y a los pueblos a su aniquilamiento bajo la horrorosa convicción de que así lo pide el padre en su versión de amo impío.

Si el término sujeto remite antitéticamente a: *estar sometido* y al mismo tiempo a *ser soberano*, cuando el sujeto renuncia al deseo sólo queda de él su postración, o como dice Freud –citando a Gustavo Le Bon– su «sed de sometimiento».

Dos pagos, entonces, hace el sujeto a la cultura: la culpa que crea el lazo social y hace posible que ese lazo se sostenga como inscripción de la ley (vinculado al Ideal del Yo); y el lastre del superyó que, como gendarme interior, ejerce una vigilancia implacable desde la plaza más íntima de la subjetividad, mucho más implacable que la de la autoridad exterior. Por ello la ley paradójal del superyó siempre ha de ser obscena y ha de comandar hacia un goce y sometimiento sin límites.

De la exaltación del ideal del yo a la aniquilación superyoica

En *El Yo y el Ello* –del que este año conmemoramos 100 años y aún tenemos deudas con su lectura– Freud trabaja la paradójal relación entre el Ideal del yo y el Superyó. El libro debió llamarse *El yo, el ello y el superyó* porque allí Freud define claramente al superyó, aún cuando en 1914 –en *Introducción del narcisismo*– ya esboza su noción con el delirio de ser notado y la conciencia crítica, y en 1921 –en *Psicología de las masas*– lo ejemplifica con la miseria de las masas.

Las masas no serían tan miserables sin el imperativo del superyó y, de hecho, tampoco los seres humanos. El superyó hace gozar demasiado e insta al sometimiento al padre real.

Freud desconfiaba de las convocatorias propuestas por el ideal del yo, seguramente porque tenía muy claro que el pasaje de la idealización al sometimiento aniquilante, al que comanda el superyó, es siempre factible: la faz amable y exaltante del ideal del yo puede transfigurarse, inesperadamente, en la del imperativo del superyó que clama por crueldad.

Como si hubiera leído a Freud –al que nunca leyó y hubiera querido matar–, Hitler dice a Rauschning (jefe nazi de Danzig): “La crueldad impone respeto. La crueldad y la brutalidad. El hombre de la calle no respeta más que la fuerza y la bestialidad. La gente experimenta la necesidad de sentir miedo; los alivia el temor” (Rauschning, p. 82).

Pero Hitler no era un innovador, ya Maquiavelo daba cuenta de la paradoja que se aloja en el sujeto y escribía: “Los hombres se atreven más a ofender al que se hace amar que al que se hace temer, porque el afecto no se retiene por el mero vínculo de la gratitud, que, en atención a la

perversidad ingénita de nuestra condición, toda ocasión de interés personal llega a romper, al paso que el miedo a la autoridad política se mantiene siempre con el miedo al castigo inmediato, que no abandona nunca a los hombres”; tres siglos más tarde Napoleón acotaba a ese dicho: “Preciso es que el príncipe los castigue de continuo” (Maquiavelo, p. 178). ¿Por qué para Maquiavelo era preciso que El Príncipe se hiciera temer? “Porque de la generalidad de los hombres se puede decir esto: que son ingratos, volubles, simuladores, cobardes ante el peligro y ávidos de lucro” (*Ib.* p. 82); así, si *eso* son “los hombres”, la crueldad del líder-Príncipe se justifica plenamente.

Ahora bien, ¿cómo es el paso del Ideal que enaltece al superyó que somete? ¿Cómo se opera ese pasaje de la faz idealizada y protectora del líder-amor a aquella diabólica y maligna que destruye? Si no pueden obtenerse las perfecciones que el excelso conductor manda y ordena, al menos es posible someterse y sacrificarse a él –degradante manera de sostenerlo y amarlo–.

La encarnación del Ideal oscila, vacila entre la exaltación y la opresión. Pese a la primacía simbólica del Ideal que promueve lo amable de las insignias, la captura de la imagen exaltante no deja de coaccionar: “*¡Así debes ser para volverte amable!*”, mandato que, paradójicamente, acaba oprimiendo/dividiendo al sujeto contra sí mismo. Lo que parecía exaltar narcisísticamente a la subjetividad termina oprimiéndola. Lo mismo sucede con las masas en su sed de sometimiento.

El programa de la civilización que falsamente propone felicidad y protección legisla para el conjunto al que quiere “normalizar”, y lo hace anteponiendo a la dicha del sujeto la dicha de la masa –aunque esto sea *puro dicho*–.

Hacer lazo social, perseguir la felicidad cultural y la personal es para el sujeto un tormento abrumador. Entre el *desideratum* cultural y la singularidad del deseo y el goce, más de una libra de carne queda en el camino. ¿Puede, entonces, hablarse de superyó cultural? Freud vacila. ¿Será posible homologar la instancia como posición estructural del sujeto al conjunto mayor de la sociedad?: “Otro punto de concordancia es que el superyó de la cultura, en un todo como el del individuo, plantea severas exigencias ideales cuyo incumplimiento es castigado mediante una «angustia de la conciencia moral»” (Freud, 1929, p. 137). De lo que puede colegirse que, en realidad, esto que Freud llama “superyó de la cultura” y que opera sobre la masa, está más del lado de las insignias ideales, es decir, del Ideal del yo en tanto instancia que impele desde Eros convocando unidades cada vez mayores. Y ello sin invalidar la acción corrosiva y disociadora del superyó en cada uno de los miembros de la masa; de este modo, “los preceptos” del superyó en la cultura, deberían entenderse como derivados del Ideal de la Cultura que reclama la consecución de sus aspiraciones, aunque deje como saldo el efecto disolvente del superyó en la singularidad del sujeto en el uno por uno de cada “puercoespín-hablante”. El superyó no hace masa, no hace conjunto, ni religión, ni lazo social; su singular incidencia en los crímenes de las masas y los escollos de la transferencia así lo demuestran.

El malestar en la cultura designa la Ética (“desolladura de toda cultura”) como empeño en un deber que impone y exige demasiado del sujeto y siempre más allá de sus posibilidades: “[...] los reclamos éticos del superyó de la cultura. [...] proclama un mandamiento y no pregunta si podrán obedecerlo” (Freud, 1929, p. 138).

Del ideal del Yo al desvarío de goce: el holocausto

Sobrecogedor el cierre de los Seminarios XI y XVII de Lacan. Dice en el Sem. XI que las figuras del goce asumen las formas del sacrificio en el holocausto... “La ofrenda a los dioses oscuros de un objeto de sacrificio es algo a lo que pocos sujetos pueden no sucumbir; en una monstruosa captura” (Lacan, [1964]1977, pp. 277/78). Ni la ciencia ni la religión ni la política escapan a este mandato, ni se interrogan acerca de él. Todos sus “decires” se mantienen en la

indiferencia, la ignorancia o la desviación de la mirada de este desvarío: la pasión del goce sacrificial. Mientras tanto, el sacrificio que ignoran tienta a una escabrosa fascinación, a una escabrosa “sed de sometimiento” que hoy estamos viviendo y sobre-viviendo todos nosotros.

¿Qué es ese suplicio sacrificial?, ¿qué lleva a los seres humanos a la compulsión de repetición del holocausto, o, para ser más precisa, de la *Shoá*, traducida específicamente como *exterminio*? Es el sometimiento a un imperativo de goce, a un más allá del principio del placer que oprime.



Udes. saben que el texto *¿Por qué la guerra?* es la respuesta de Freud a una carta de Einstein quien, al final de la misma le pregunta: *¿Es posible controlar la evolución mental del hombre como para ponerlo a salvo de esas psicosis promotoras de odio y destructividad?* Precisamente, la respuesta del texto freudiano será ¡NO! ¿Quiere decir que no hay salvación posible?, ¿quiere decir que, como especie, estamos condenados a una muerte autodestructiva? No, o... no sabemos. Todo dependerá de quién gane la batalla entre los sometidos al amo atroz, los fascinados por el líder al que seguirán aún a costa de sus vidas y los que estamos hartos de la guerra, la crueldad y el sometimiento, los que estamos hartos y podemos decir ¡NO!

Una nueva guerra, una más a las que ya se libran en Medio Oriente y Europa, asoma en el escenario del mundo hoy globalizado –si algo se mueve en el polo norte, repercute en el polo sur–. De estallar esta guerra será la última, y ni siquiera habrá la posibilidad de esa 4ta. guerra que Einstein decía se libraría con palos y piedras porque habríamos retornado a las cavernas; no quedará nada.

El hermano mayor de Sudamérica, Brasil, ya forma parte de ese grupo de países (los BRICS) que persiguen un orden mundial sin amos atroces de imposiciones varias. Vive en los BRICS el 40% de la humanidad y, si se agregan los países que han pedido sumarse, seremos más. Sabemos también que, entre los que campea la guerra, tenemos millones de aliados. ¿Es esto una nueva panacea?, ¿otra ilusión? En modo alguno, simplemente una posibilidad de evitar por el momento, sólo por el momento, la hecatombe atómica que está a la vuelta de la esquina.

El gran Primo Levi, sobreviviente de Auschwitz, nos ofrece la consigna a los pacifistas de este tiempo: "nos ha quedado una facultad y debemos defenderla con todo nuestro vigor porque es la última: la facultad de negar nuestro consentimiento" (Levi, 1999, p. 43). No demos nuestro consentimiento ni a la destrucción del planeta, ni a la explotación, exterminio o persecución de seres humanos, ni a las guerras que persiguen esas cosas. Arriesguémonos por un mundo que merezca ser vivido. ¿Estaremos a tiempo?.-

Referencias

Trivium: Estudios Interdisciplinarios, Año XVI, no.1. p. 114-120.

- Edelman, Murray. La construcción del espectáculo político. Bs. As.: Manantial, 1991.
- Foucault, Michel. Los intelectuales y el poder. En *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta, 2ª ed. 1979.
- Freud, Sigmund. Psicología de las masas ya análisis del yo (1921). O. C. Vol. XVIII. Bs. As.: Amorrortu, 1979.
- Freud, Sigmund. El malestar en la cultura (1929). O. C. Vol. XXI. Bs. As.: Amorrortu, 1976.
- Freud, Sigmund. ¿Por qué la guerra? (1933). O. C. Vol. XXII. Bs. As.: Amorrortu, 1979.
- Lacan, Jacques. El Seminario. Libro XI. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis (1964). Barcelona: S. Barral, 1977.
- Levi, Primo. Si esto es un hombre. Barcelona: Muchnik Editores, 1999.
- Maquiavelo, Nicolás. El Príncipe. Bs. As.: Heliasta, 4ª ed. 1984.
- Poliakov, León. Breviario del odio - Los judíos y el 3º Reich. Bs. As.: Stilcograf, 1954.
- Rauschnig, Hermann. Hitler me dijo. Bs. As.: Hachette, 1940.

Citação/Citation: Ambertín, M. G. (2024). *Pai e a miséria psicológica da massa. Gozo e Shoá. Trivium: Estudos Interdisciplinares (Ano XVI, no. 1.)*, pp. 114-120.

Recebido em: 10/01/2024

Aprovado em: 02/03/2024